

LA FIESTA NACIONAL

Como cualquier otra forma artística, el toreo atraviesa periódicamente sus horas de crisis y sale de ellas con la vitalidad que en cada ocasión le otorgan tanto el surgir de nuevos maestros como la renovada exigencia de una afición deseosa de emociones cordiales y estéticas. Al fin y al cabo, se trata de un rito cuya historia se remonta lejos en el tiempo y que posee, como expresión de que es de una cultura, su tradición propia, una tradición configurada como arte y como técnica.

Soy en este mundillo, una simple aficionada. Las tardes buenas y las menos buenas pasadas en las Plazas de Toros forman parte de mi vida y me proporcionan algunos de los mejores momentos, por la alegría profunda el asistir al nacimiento de una gran obra de arte y, sobre todo, estar viendo a los diestros que triunfan de un modo rotundo ante la más exigente afición.

El poeta Moratín imagina en un conocido romance caballeresco, una nueva hazaña del Cid.

*"Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo
arde en fiestas en su casa*

*por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.*

*Sobre un caballo alazano
cubierto de galas y oro
demanda licencia, ufano,
para alcanzar un toro
un caballero cristiano."*

Se trata por supuesto de una pura fantasía poética pero encaja bien en el carácter de héroe legendario. La fama de las corridas se extendía por toda España. Desde Cádiz pasando por Torrijos hasta Barcelona se habla de toreros y de la casta de los toros, los padres y las madres prometen a sus hijos que los llevarían, los periódicos aseguran que se tendrá una buena temporada, corren voces de que han llegado los toros, hay quien los ha visto; se hacen empeños por ir a verlos, se

abre el despacho de billetes para los abonados, acuden en tropel los aficionados, millones de personas no hablan de otra cosa, hay ministros que no tienen ya cabeza para los negocios, obreros pobres que dejan ya de fumar para tener aquellos pocos cuartos el día del espectáculo.

La estampa tan animada y pintoresca, muestra bien la pasión con que se vivía la Fiesta a fines del s. XIX y, claro está, los toreros eran los semidioses. Ha sido nuestra Fiesta algo absolutamente popular, en el más amplio sentido de la palabra. No se puede vincular a una sola tendencia política, ideológica, social o estética. De ahí su perduración.

Antes de la corrida el paisaje del pueblo o ciudad se ve coloreado con un gran ambiente ¡Abanicos! ¡Claveles! ¡Gente guapa! ¡El cartel de la corrida! ¡El vocerío de los reventas!. Además del ambiente el toreo es ante todo el dominio de una gran fiera y si no es así se ha convertido en unos pasos de un ballet vistoso. Todo supone un ritmo, una estructura, una distancia, dentro de las normas clásicas (parar, templar y mandar). Un gran poeta Gerardo Diego lo evoca así:

*"Catedra del Ateneo
El Maestro Fray Domingo
va a hacer un sutil distinguo
al definir su toreo:
Cambia la aguja al correo,
para, carga, temple y manda,
y si el tren le duda y anda,
aguanta, quieto y torero
(el fraile fue cocinero)
y échatelo a la otra banda".*

Sólo hace falta que salgan toros con un mínimo de fuerza, ya que son ellos los que "quitan y ponen" y también toreros que sigan la vieja fórmula de "echar la pata p'alante" y así veremos la auténtica hermosura del toreo.

¡Que no decaiga nuestra fiesta!

ROCIO LOPEZ